



PREGÓN DE LA MERCÈ 2025

Emma Vilarasau

Buenas tardes a todos y todas, barcelonesas y barceloneses, amigos y amigas.

Señor alcalde, excelentísimas autoridades, concejales y concejalas, y vosotros, ciudadanos y ciudadanas que dais vida a esta fiesta.

No hace falta que os diga que es un inmenso honor estar aquí hoy, haciendo el pregón de La Mercè. Y es, también, una responsabilidad, espero estar a la altura de una circunstancia tan especial como esta.

Quiero agradecer especialmente que este año el cartel, creado por Lluís Danès, haya estado protagonizado por las artes escénicas. Ninguna disciplina artística interactúa de forma tan directa con su público. La danza, la música, la ópera, el circo, el teatro se representan para un público en vivo y en directo: son organismos que evolucionan y se transforman al mismo ritmo que la sociedad a la que pertenecen. Ninguna otra disciplina artística obtiene de forma inmediata la respuesta de su público: su diagnóstico, su crítica, su elogio o su rechazo; por lo tanto, también son estas artes las que con mayor rapidez evalúan el estado de su sociedad.

El teatro de esta ciudad ha crecido y evolucionado con su gente. Ha tenido épocas brillantes y otras no tanto, momentos en los que ha sido aceptado y momentos en los que no ha conseguido sintonizar con su público, etapas de innovación y de ruptura de moldes y otras marcadas por la inercia y la repetición. Como la propia ciudad, el teatro tiene la necesidad de reinventarse a menudo, las nuevas formas caducan, porque vivimos en un mundo en constante evolución. Por eso, empezar la fiesta con las artes escénicas creo que es rendir un homenaje tanto a la ciudadanía y al público como a sus artistas.

Esta noche os hablaré, sobre todo, de mi relación personal con Barcelona. Y como no puede ser de otro modo haremos un recorrido por los teatros de esta ciudad que han sido mi lugar de trabajo durante todos estos años.

Como decía Maria Aurèlia Capmany, admirable y notable barcelonesa: «Quizás la única forma que tenemos de contribuir a la verdad es determinar claramente nuestro punto de vista, explicar siempre de dónde venimos, por dónde entramos, a dónde nos disponemos a ir. Es evidente, pues, que nunca daré una visión de conjunto de mi ciudad; cuando hablo de Barcelona, hablo de mi Barcelona».

Empecemos por el principio. Mi relación con esta ciudad empieza el curso 1975-76. Yo soy hija de Sant Cugat del Vallès, y excepto en la década de los 20 a los 30, en que viví aquí, siempre he sido fiel a mi pueblo. Mis primeros recuerdos de Barcelona son de infancia: cuando mis padres nos llevaban al cine, al zoo o al pediatra.

Recuerdo las Ramblas con todos aquellos puestos de animales, la plaza Catalunya con sus palomas o la calle Petritxol, donde merendábamos antes de coger el tren de vuelta a casa. Barcelona era, para mí, un territorio admirado y a la vez temido, ajeno a nuestras vidas de niños.

Con la llegada de la adolescencia se convirtió en un lugar al que huir. Nadie nos conocía y podíamos atrevernos a romper con todo: vistiéndonos y comportándonos como quisiéramos, extravagantes a los ojos del pueblo pero invisibles en la gran ciudad. Los pueblos miran de reojo las diferencias, en casa todo el mundo nos conocía, y lo que hacía la hija de Albert e Ida no pasaba del todo desapercibido. Así pues, Barcelona me dio mi primer espacio de libertad.

Más tarde, cuando fue la hora de hacer COU, me inscribí en el que hoy es el Instituto Joan Boscà, en la época lo llamaban Boscán. Era el curso 1975-76, yo ya empezaba a tener inquietudes políticas, era una época

intensa en las postrimerías del Franquismo, y tras toda una vida con las monjas, fue en el Instituto Boscà donde despertó mi conciencia social, política. Me apuntaba a todas las reuniones y asambleas clandestinas, repartía octavillas en el metro, corría delante de los grises con el corazón a mil y buscando siempre con la mirada un lugar al que huir, un portal donde esconderse. Aunque la excitación por la transgresión, propia de la adolescencia, era quizás más importante que la convicción, allí empecé a entender la responsabilidad individual, el compromiso, la necesidad de involucrarte si querías que las cosas cambiaran.

Este fue uno de los primeros regalos que me hizo esta ciudad. En noviembre de ese año murió Franco y todo se intensificó. La búsqueda de mis límites de adolescente se fundía con la búsqueda de la identidad de esta Barcelona que construía su personalidad saliendo de tantos años de oscuridad. En el curso 1976-77 ingreso en el Institut del Teatre, ya no me quedaba a las afueras de la ciudad, avenida Esplugues, 40, sino que cada día el tren me deja en el corazón de Barcelona y camino hasta el Institut del Teatre, situado en aquel momento en la calle Elisabets y dirigido por Herman Bonnin.

Como veréis, habrá bastantes nombres propios en este pregón, y es que pienso que las ciudades son las personas que las habitan, y estas tienen nombres.

Allí conocí a profesores de la talla de Jaume Melendres, Joan Enric Lahosa, José Sanchis Sinisterra, Pere Planella, Lluís Pasqual, Coralina Colom y Josep Maria Montanyés (quien años más tarde moría sin ver ni tan solo la segunda temporada del nuevo Lliure que dirigía en aquel momento, proyecto por el que tanto luchó).

También en el Institut, un poco más tarde, conocí a una mujer que me ayudó a creer en mí, que me dio la confianza necesaria para seguir adelante, fue Carme Portaceli, hoy directora del TNC; es importante al principio encontrar a gente que cree en ti cuando tú no lo haces.

En el Institut empecé a crecer. En diciembre de ese mismo año se estrenaba una nueva sala en Barcelona, el Institut iba lleno de comentarios, era una sala en Gràcia y los directores, profesores del Institut.

No asistí al estreno, el jueves 2 de diciembre de 1976, pero al día siguiente me explicaron que el público aplaudió antes de empezar, aplaudían la sala, la propuesta, el atrevimiento, la innovación. Tantas eran las ganas de la gente de cambios, sorpresas, de sentirse parte de un proyecto.

Ese mismo fin de semana fui. Recuerdo el olor de las tarimas de madera por las que transcurría la acción, el ruido de las ropas de los actores cuando se movían, sus rostros muy cerca, sentir sus respiraciones, esa forma de interpretar diferente por la extrema proximidad... Salimos entusiasmados, impresionados y convencidos de haber visto algo excepcional; si aquello se podía hacer, todo era posible. Este sentimiento me ha acompañado algunas veces después de ver un espectáculo. Este es el sentido del teatro, dentro de la oscuridad de la sala se hacen posibles los sueños y las pesadillas, es un lugar seguro donde los actores pueden transitar sin peligro aquellos lugares de sombra que la mayoría de los seres humanos mantienen en la oscuridad. Es, como decía Beckett, un lugar donde hacer visible lo invisible, y no a través de una pantalla, sino con el actor casi rozándose. Como os decía, esta ciudad me ha dado los mejores momentos como actriz, sí, pero también como espectadora.

Y es que el teatro se alimenta del mundo real, pero el teatro también mejora la realidad. ¿Cuántas veces después de una gran función, y todavía hablo como espectadora, no hemos visto todo lo que nos rodea de una forma distinta? Más profunda y consciente.

En mayo de 1976 Barcelona acogió las Jornadas Catalanas de la Mujer, en el Paraninfo de la Universidad. Fueron cuatro días que marcaron una época: cientos de mujeres de diferentes ámbitos e ideologías se encontraron, se entendieron y suscribieron demandas como la ley del divorcio, el aborto y la derogación de la ley de peligrosidad para los colectivos homosexuales. Pasaron años antes de conseguirlas, pero aquel momento fue un antes y un después. Tuve la suerte de vivir con solo 17 años la primera eclosión pública feminista, con una participación masiva y plural.



Pregón de Festa Major

Emma Vilarasau

Martes 23 de Septiembre 2025

Saló de Cent, Ajuntament de Barcelona

www.barcelona.cat

Y en diciembre hubo la primera manifestación feminista después del franquismo. Otro regalo que me hizo Barcelona. Las mujeres salíamos a la calle para reclamar nuestros derechos y lo hacíamos con una fuerza abrumadora. Sabernos tantas, sabernos fuertes, querernos libres; por primera vez, ese sentimiento de orgullo de ser una mujer entre muchas mujeres. Era mi primera mani feminista, y las primeras veces dejan un recuerdo especial.

En abril del 77 se estrena *No hablaré en clase*, de Dagoll Dagom, un espectáculo que nos resonaba a todos. El Saló Diana, que era también la sede de la Asamblea de Trabajadores del Espectáculo, donde tuvieron lugar muchas asambleas en el corto periodo que Mario Gas y Carlos Lucena, que estaban al frente del proyecto, consiguieron mantenerlo en pie, un año después cerraba, como muchos otros espacios de Barcelona, por falta de apoyo institucional. En el 78 se estrena *Antaviana* en la Villarroel a partir de los cuentos de Pere Calders, primer espectáculo musical de Dagoll Dagom, con música de Jaume Sisa. La sala Villarroel es otro punto importante de este mapa de los afectos que es para mí Barcelona.

En setiembre de ese mismo año detienen a Albert Boadella y algunos miembros de la compañía Joglars por su espectáculo *La torna*. Algunos huyen a Francia amenazados por consejos de guerra, y volvemos a salir a la calle. Salimos a la calle para reclamar la libertad de expresión, y lo hacemos de nuevo en masa, era fácil convocar a la gente, eran tantas las cosas que exigir, reclamar, denunciar.

Barcelona se reivindicaba a ella misma, un espíritu creativo recorría la ciudad.

Conviven diferentes estilos de teatro, desde el teatro de texto del Lliure hasta los primeros musicales de Dagoll Dagom. Comediants transforma el teatro de calle y lo convierte en una fiesta. Joglars propone un teatro mucho más satírico y gestual. La Claca de Joan Baixas, con Mori el Merma, revoluciona y politiza los títeres de la mano de Joan Miró. El cabaret vive un momento pletórico y descubro al gran Pavlovsky en la Cúpula Venus. Tricycle y La Cubana.

El discurso político, el público y los teatros iban de la mano. Se producía eso tan difícil de conseguir: todos teníamos necesidad de lo mismo, todos veníamos del mismo pasado, teníamos una historia común, todos teníamos necesidad de explicarnos quién éramos, quién habíamos sido, dónde estábamos y que queríamos ser. Y las artes escénicas llevaban a cabo una de sus funciones más importantes: eran la proyección del espíritu de una sociedad que tenía necesidad de comprenderse a sí misma y proyectarse hacia el futuro.

Ser estudiante de teatro en aquel momento político y social tan especial fue una inmensa suerte; todo era nuevo, todo por descubrir, y el mundo lleno de infinitas posibilidades. TV3 no existía, se hacía muy poco cine catalán y las salas en la ciudad todavía eran pocas. Por lo tanto, el futuro como actriz era más que cuestionable. Y la duda de si tú podrías formar parte de este mundo tan extraordinario estaba siempre presente, pero a los 20 años la fe es inquebrantable.

Son años de estudio, pero también de descubrimiento de esta ciudad creativa, irreverente, canalla, divertida, libre, explosiva y muy muy trabajadora.

Paralelamente, yo iba descubriéndome a mí misma. Todavía me quedaba todo por aprender y mucho más aún para dejar caer todas las máscaras que me había construido para sobrevivir, pero empezaba a entrever que aquello era un trabajo de por vida, que nunca acabaría mi aprendizaje, porque mi instrumento envejecería conmigo y las experiencias vividas me darían una visión más amplia de los personajes, lugares de sombra que en esos momentos ni siquiera intuía. El Institut me ayudaba a crecer. Me apuntaba con avidez a todos los cursillos posibles, tenía una gran necesidad de confirmar mi validez como actriz, de lo que dudaba constantemente.

El 21 de marzo del 79, el Lliure estrena *La bella Helena*, espectáculo inolvidable y con el que caigo enamorada de Anna Lizaran, yo y muchos barceloneses, esa capacidad de juego inmensa, esa seducción constante. Si alguien me hubiera dicho en ese momento que yo un día trabajaría a su lado y que incluso seríamos amigas, le habría dicho que era un iluso.

Pero la vida, el destino o la suerte jugaron a mi favor y en 1983 entro al Lliure, para hacer una prueba, necesitaban una dama joven, y acabé quedándome 10 años.

Aquello cambió mi vida. ¿Qué habría sido yo si no hubiera tenido esa suerte? No tengo ni idea, a veces la vida decide por ti. Ser dirigida por Fabià Puigserver, Lluís Pasqual y Pere Planella, trabajar junto a Anna, Lluís Homar, Imma Colomer, Domènec Reixach, Toni Sevilla «Mene» entonces y la gran Carlota Soldevila, entrar a formar parte de aquella familia que convivía más horas en el teatro que en su casa, me dio la posibilidad de aprender y entender qué era el teatro, no ese sueño individual de poder expresarte encima de un escenario, sino una poderosa herramienta para remover conciencias, para incitar, alentar, cuestionar, interpelar al público para hacer llegar la cultura a todos y todas, «un teatro de arte para todos y todas», eso dicen todavía hoy los estatutos del Lliure.

L'Hèroe se estrenaba en mayo del 83 y por primera vez yo trabajaba en aquel espacio en el que había visto tantas funciones y en el que me había enamorado de este oficio y de sus actores, el Lliure. Todo tenía que ser auténtico, pequeño y de verdad; teníamos al público muy cerca, en aquel *Camí de nit* yo había oído sus respiraciones, pero ahora sentía las del público con la misma intensidad. Ellos formaban parte del espectáculo, estaban dentro del espacio, el público era realmente parte de la obra.

L'Hèroe era una coproducción del Centro Dramático de la Generalitat, que se había inaugurado un año antes, y que con sede en el Romea era el primer teatro institucional. Después del primer Congreso de Cultura Catalana, se vio la necesidad de hacer una política teatral, se tenía que impulsar y proteger la lengua y la cultura del país.

Gracias a eso yo pisé el escenario del teatro Grec por primera vez en agosto de 1983. Debutar en ese escenario recuperado para la ciudad en 1976 fue una experiencia única y muy especial; cualquier persona que haya actuado en el Grec os lo podrá decir. Esa grada de mil personas, esos ruidos de la naturaleza, ese silencio tan distinto al de una sala, ese techo de estrellas, esa sensación de pequeñez, hacen que el Grec sea una experiencia casi mística. Hoy el Grec es el centro neurálgico de un festival que no ha parado de crecer y consolidarse enriqueciendo la ciudad cada verano con multitud de propuestas. Es también en este montaje donde conozco al que años más tarde se convertirá en mi compañero de vida, Jordi. Este es otro regalo, el más grande que me ha hecho el Lliure y Barcelona de lejos.

Otra primera vez; piso el Romea en junio del 86 de la mano de Mario Gas, otro de nuestros grandes directores, en su espectáculo *La Ronda*.

Trabajar en el Romea era habitar el espacio donde habían trabajado todos los grandes del teatro catalán, era tomar conciencia de que formabas parte de una historia que había empezado muchos y muchos años antes.

En el 85 se estrena en Barcelona, de la mano de Maria Aurèlia Capmany, concejala de Cultura en el Gobierno de Pasqual Maragall, el Mercat de les Flors, primer teatro público de la ciudad. Y en enero del 87 estrenaba en este espacio, de la mano de Konrad Ziedrich (llegado del Berliner Ensemble), *Santa Joana dels escorxadors*; otra vez de suerte, hacer un Brecht bajo la dirección de un gran experto y una excelente persona. Casualidades del destino, al año siguiente vuelvo a hacer un Brecht en el Mercat, esta vez con el Lliure, *La bona persona del Sezuán*.

¿De qué sirve la bondad si los bondadosos son abatidos los primeros, y también lo son todos aquellos hacia los que han manifestado su bondad?



¿De qué sirve la libertad si los libres tienen que vivir entre los subyugados? ¿De qué sirve el sentido común si solo con la ferocidad se obtiene la comida que todos necesitamos?

Este es el tema de *La Santa Joana*, sorprende la actualidad del texto.

En febrero del 89 se estrena en el Lliure uno de los grandes espectáculos de Fabià, *Les noces de Fígaro*. El Lliure se debatía entre seguir en precariedad o cerrar, nunca llegaba el dinero prometido.

Una lucha constante que nunca hemos acabado de resolver del todo. La inversión necesaria en cultura.

Volví una tercera vez al Mercat. En diciembre del año 1990 estrenábamos *Terra Baixa* bajo la dirección de Fabià Puigserver, un montaje que nos dejó a todos una huella imborrable. Fue uno de los espectáculos icónicos de Fabià y la demostración absoluta de que el Lliure necesitaba un espacio más grande.

El Lliure acogía la compañía de teatro, la compañía de danza de Cesc Gelabert, la orquesta de cámara del Teatre Lliure encabezada por Josep Pons y un conjunto de músicos de primer nivel. La ambición de Fabià era dar cabida a todas las artes escénicas. En octubre de ese año, por fin, se entregaron las llaves del Palacio de la Agricultura, en un acto sencillo y simbólico, en el vestíbulo del antiguo teatro de Gràcia. Fabià (y todo un equipo de gente detrás) había luchado para obtener ese espacio y habían encontrado también la fórmula jurídica para no atarse a ninguna institución, creando la Fundación del Teatre Lliure, de la que todas las instituciones formaban parte, pero que no pertenece a nadie, básicamente para que el nombre de Teatre Lliure siguiera teniendo ese significado. Eso comportó muchos problemas y muchas reuniones, muchos atrasos y demasiado tiempo para llegar a un acuerdo. Y, desgraciadamente, el día que se presentó la maqueta del impresionante Palacio de la Agricultura, Fabià ya no estaba. A finales de los ochenta y principios de los noventa Barcelona sufrió una epidemia de VIH que nos arrebató a muchos y muchos compañeros. Vimos marchar a amigos y compañeros de profesión y un miedo callado y profundo se instalaba en el mundo del teatro. Fueron años muy difíciles, de mucho dolor y donde las preguntas ¿quién será el siguiente?, ¿quién lo tiene y no lo sabe? planeaban en la mirada de muchos. El estigma, la discriminación, el miedo. Hoy el sida es una enfermedad crónica, pero durante un tiempo fue una sentencia inapelable.

Pero la vida, tozudamente, continúa, y Barcelona sufría una gran transformación debido a las próximas olimpiadas, que marcarían para siempre esta ciudad. Ella se transformaba y mi cuerpo también, esperaba a mi primer hijo.

Nació el 17 de julio de 1991, y Fabià moría el 31 de ese mismo mes.

Nos habíamos quedado huérfanos y el Lliure seguía su camino más o menos difícil, y yo seguía el mío. Después de parir decidí tomarme un tiempo, quería disfrutar de mi hijo. Evidentemente, no contaba con ninguna baja maternal, en nuestro oficio estas cosas eran complicadas, pero mi compañero y padre de la criatura seguía en el proyecto del Lliure y confiamos en que podríamos salir adelante; curiosamente, lo conseguimos. Hoy es absolutamente inviable pagar un alquiler en Gràcia con un sueldo de actor. La ciudad sufre una falta absoluta de vivienda y los sueldos no tienen ningún tipo de relación con el precio del alquiler. Hoy, muchos jóvenes y no tan jóvenes se ven obligados a vivir en una habitación, o a irse de su ciudad. Creo que es realmente triste e inicio de decadencia para una ciudad cuando se ahuyenta a sus ciudadanos.

En el 93 el Lliure decide ocupar el Palacio de la Agricultura con un extraordinario montaje de la mano de Lluís Pasqual, *Roberto Zucco*, otra primera y esta vez única vez. Trabajar en el Palacio cuando todavía no era nada, solo los escombros de lo que había sido, pero las obras no empezaban, de hecho no lo hicieron hasta el 96,



y la gente del Lliure ya no podía esperar más. Allí es donde se presentó la maqueta, y recuerdo que aquel día la ausencia de Fabià ocupó todo ese inmenso espacio.

El Teatre Lliure Palacio de la Agricultura se inauguraba en el 2001, y junto con el Institut del Teatre y el Mercat de les Flors formaba parte de un ambicioso proyecto llamado Ciudad del Teatro, que desgraciadamente sigue inacabado.

Mi primera vez en el nuevo Lliure fue en el 2005 precisamente con Anna en un *Matrimoni de Boston*, dirigido por Josep M. Mestres, cómplice en muchos otros montajes.

Ya no os agobiaré más con fechas y obras de teatro, pero esta es la materia de mi vida, y hacer un recorrido por la ciudad por todos los teatros en los que he trabajado y la gente con la que he compartido supone un repaso de lo que he hecho. Pero quería entretenerme un poco en los primeros años porque realmente fueron excepcionales para mí y para la ciudad.

Otra de esas noches mágicas como espectadora fue en el año 85 cuando presenciamos el gran Cyrano de Josep M. Flotats. Nunca había oído decir el verso de esa forma, con esa velocidad, esa precisión en cada palabra, ese dominio del oficio. Quedamos fascinados, y los compañeros que tuvieron la suerte de entrar en su compañía explicaban maravillas. El Poliorama se convertía en el embrión del TNC, no sin polémicas y dividiendo muchas veces a la profesión, pero las ciudades salen adelante, las personas son solo temporales en la vida de una ciudad. Así, hoy tenemos un TNC, quizás demasiado presuntuoso arquitectónicamente hablando.

Allí trabajé por última vez con Anna en una obra espectacular, dirigida por Sergi Belbel, *Agost*. Anita se fue por la puerta grande con un personaje que no olvidaremos. Un privilegio los años compartiendo escenario con esta gran actriz, una suerte inmensa aprender a su lado, otro vacío inmenso.

Poco después volví al escenario de la Sala Gran con una obra espectacular, *Barcelona*, dirigida y escrita por Pere Riera. La autoría catalana contemporánea había dado un paso enorme, y se demostraba que si les estrenaban los textos la ciudad se volvía rica en dramaturgia contemporánea.

Después vino la tele, *Nissaga de poder*, escrita como tantas otras series por Benet i Jornet, «Papitu», barcelonés que cambió la historia de la televisión de este país. Aquello fue evidentemente un antes y un después en las vidas de todos los que salíamos en la serie. Hay una cosa de esos primeros años, aunque TV3 ya hacía tiempo que funcionaba, que sufrimos, y quería hablar de ello porque me da la impresión de que la gente no es consciente de lo que ha costado mantener la lengua. TV3 hizo mucho trabajo, en el teatro el lenguaje era más refinado, representábamos textos clásicos traducidos por gente muy buena, pero el lenguaje cotidiano, el lenguaje callejero que se utilizaba en las series se tenía que cuidar mucho. Ahora os reiréis, pero pasaban cosas como que un actor no quería decir «bústia» porque no lo entendería nadie, la gente dice buzón. Y la pobre correctora tenía que plantarse y exigir al actor de turno que dijera lo correcto, si no, no se grababa. Parece increíble, pero así de maltrecha estaba la lengua. Ahora duele cuando ves situaciones en que la gente no tolera el catalán, o le parece poco internacional, o te pide que cambies si no te entienden. Quizás si la gente supiera que esta lengua ha sufrido mucho sería más comprensiva.

Y empezó una nueva etapa. El teatro privado de la mano de Focus se abrió paso en la ciudad, al principio con cierta competitividad con el teatro público, pero con los años todo el mundo ha encontrado su lugar, y es un eje fundamental del teatro en Barcelona. He trabajado con ellos multitud de veces y han dado vida al teatro de esta ciudad. Barcelona, actualmente, tiene un gran tejido teatral con espectáculos para todos los públicos, pero tenemos todavía mucho trabajo por hacer: reflejar en los escenarios la multiculturalidad que se vive en las calles, llenar las plateas con un público renovado y diverso, internacionalizar nuestro teatro y solucionar de forma urgente el problema de las salas pequeñas, tan importantes para mantener la salud del teatro de una ciudad, porque son salas donde uno puede experimentar, arriesgar, empezar un recorrido, y ayudan a mantener el equilibrio entre el teatro más consolidado, y son la primera parte de muchas trayectorias de los actores y directores más jóvenes, que son el futuro de nuestro teatro. Desgraciadamente, es casi imposible



Pregón de Festa Major

Emma Vilarasau

Martes 23 de Septiembre 2025

Saló de Cent, Ajuntament de Barcelona

www.barcelona.cat

vivir dignamente si te mueves en este circuito. Si algún día llega ese dos por ciento de presupuesto para cultura, que ahora ya se ha quedado corto, espero que se pueda hacer algo.

Montserrat Roig decía que «las ciudades se aman cuando alguien hace un paisaje donde las personas todavía palpitan». He querido hacer palpitara a algunas de las personas que me han acompañado y guiado en mi vida. El teatro es efímero, de todo lo que hemos hecho y os he explicado no queda nada, esta es una de sus características más bellas. Como dice Olga al final de *Les tres germanes*: «Pasará el tiempo y nosotras nos iremos para siempre, nos olvidarán, olvidarán nuestros rostros, nuestras voces y cuántas éramos». Es por eso que he querido rendir un homenaje a todos aquellos que de alguna forma nos han ayudado a llegar hasta aquí. Somos lo que fuimos capaces de hacer y de no hacer.

Podemos pedir un deseo de Fiesta Mayor, del mismo modo que pedimos deseos por San Juan y los quemamos en la hoguera. Si se puede, mi deseo es: ver a Netanyahu y toda su cúpula militar juzgados por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad ante una corte penal internacional, mi deseo es que de una vez por todas se lleven a cabo sanciones y embargos a Israel y que de una vez por todas se deje de negociar con un gobierno genocida. Europa ya no será nunca la Europa en la que algunos creímos, pero al menos procuremos recuperar un mínimo de credibilidad. Estoy cansada, imagino que como muchos de vosotros, de sentir vergüenza, rabia, impotencia y mucha, mucha tristeza. Así pues, pienso que el hecho de que no te dejen entrar en Tel Aviv quizás sea más un honor que un agravio.

Ya sé que muchos de vosotros pensáis que nada de lo que hacemos sirve para nada, pero todos los gestos sirven, y se han conseguido muchas cosas saliendo a la calle. Por eso me gustaría apoyar la manifestación organizada por la comunidad palestina de Barcelona Coalición Basta Complicidad con Israel, el día 4 a las 12 del mediodía. Ese fin de semana hay programadas muchas manifestaciones en todo el Estado español. Barcelona siempre ha sido sensible a las injusticias, así que llenemos las calles una vez más y compartamos, por lo menos, nuestra impotencia.

Y ahora sí, demos paso a la fiesta. Estas Fiestas de La Mercè 2025 que, a pesar de que se unirán siempre con el recuerdo de esta guerra ignominiosa, tienen que ser vividas y celebradas. Llenad las calles, los conciertos y todos los actos, vivid y disfrutad de estas fiestas tan barcelonesas, no permitáis que los turistas os amarguen u os desplacen, ocupad la ciudad y disfrutadla.

Viva la Fiesta Mayor de Barcelona, viva La Mercè!!!!!!